

—¡Esto es una indignidad!

—¡Debiera haberle roto la sombrilla en la caral

Un buen señor dijo que debía establecerse un servicio de carruajes de salvamento, para señoras solas, circulando por las principales calles pero un amigo mío, que estaba á su lado, aquél de los siete pecados capitales, le hizo observar con una sonrisa sarcástica que hubiese sido un *servicio pasivo* y añadió que, según él, lo que debía establecerse era otro servicio especial de tranvías cerrados, por el estilo de los coches celulares, que darian á los accionistas un gran dividendo.

—Coches... ¿para qué servicio?—preguntó el otro.

—¡Ah! ¡Lengua sacrilega!—respondió.—Para un servicio... opuesto.

\*  
\* \*

Todavía el amor. Veo en el primer banco dos cabezas juveniles, tan cercanas que me aparecen sobre la espalda del cochero, como sobre el fondo obscuro de un cuadro. Una rubia dorada, sin som-

brero; otra con un gracioso sombrero adornado con tres gardenias, que deja casi descubierta una gran mata de pelo negro, brillante y fresco que parece un turbante de terciopelo obscuro. Desde la plataforma donde estoy yo, no puedo ver el rostro de los dos jóvenes, pero comprendo por su actitud que se hablan sin decir nada, solamente para acariciarse con las palabras y besarse con la voz, sonriendo á la gente, á las casas, á los árboles, al sol, como para dar gracias al mundo de su propia felicidad. De repente, la cabeza rubia se vuelve hacia atrás y reconozco á mi tipógrafo entusiasta de 1.º de Mayo que, apenas me vió, se levanta del banco, salta de un brinco sobre el estribo y viene hacia mí, en tanto que la cabeza negra, volviéndose con curiosidad, me muestra una adorable carita de diez y ocho años, roja por la pasión y en la cual parece que brillen no dos, sino diez ojos.

—Héme aquí. Buenos días. ¿Qué me dice del Congreso de Londres? ¿Ha visto? La mayoría de todos modos ha aceptado el programa socialista...

Pero yo de buenas á primeras advertí que no había venido hacia mí para hablarme de los asuntos de Inglaterra. Y después de preguntarme algunas cosas acerca del partido, sin esperar la respuesta, me anunció de tenazón su matrimonio. Se había casado hacia un mes y siete días; no especificó las horas.

—Pero no crea,—se apresuró á añadir,—seré siempre el mismo... Es una mujercita muy inteligente, ¿sabe?

Y me explicó toda su historia.

Era una obrera instruída, que había hecho los

dos primeros cursos en la Escuela Profesional; se habían conocido el invierno pasado en el *Nacional*, donde había ido ella con su padre á oír una conferencia sobre el trabajo de las mujeres y de los niños. La madre había hecho alguna oposición al principio á las ideas de la muchacha; pero había acabado por consentir, enamorada como él de aquella cara. ¡Oh la conocía bien y estaba bien seguro! No era de aquellas que se dicen socialistas para llegar al matrimonio, y que después de atrapado un marido, replegan la bandera y adiós conferencias, oblaciones y reuniones. En aquella cabecita, las ideas germinaban limpias y bien planeadas; era una compañera de conciencia y de corazón. Si todas hubieran sido así, no hubiera tantos compañeros en mala situación. Y continuó haciendo su elogio, lanzándola largas miradas que iban desde las gardenias de su sombrero hasta las dos pequeñas manchas que relucían debajo del banco. Luego pareciéndole haber truncado demasiado bruscamente su primera conversación, se puso de nuevo serio para calcular que en el Congreso, los ciento setenta y cinco delegados de las *Uniones de los Oficios*, representaban unos ochocientos mil socios organizados, en tanto que los otros trescientos delegados ingleses, no representaban quizás doscientos mil... Pero vi tan claro que era otra *Unión* la que en aquel momento le preocupaba, que piadosamente le di la excusa que buscaba, advirtiéndole que le iban á pillar el sitio. En un instante se encontró sentado junto á su bella socialista, con la cual entonó de nuevo el dúo interrumpido, sonriendo á la gente, á las casas, á los árboles, al sol. Los buenos

burgueses que miraban con simpatía á aquel muchacho enamorado y feliz, estaban muy lejos de pensar que perteneciera á la secta horrible que quiere, entre otras instituciones, como ellos dicen, la de la «*Mujer en común*». ¡Conqué inmunda gente nos pone en promiscuidad, sin saberlo, la *Carrozza di tutti!*

\*  
\*  
\*

A la influencia amorosa sucedió en el tranvía una influencia maligna. No vale huir por las calles sin tocar apenas tierra y sin mirar á ninguna parte: la miseria, la desventura, el dolor os sigue, os atrapa, hace imposible que huyáis, y os obliga á mirarlos cara á cara. Pareció el estallido de un rayo, entre toda aquella gente alegre que llenaba la jardinera de la línea del Puente Isabel. El pobre cochero bromeaba y reía con un amigo suyo, cuando llegado á la plaza Carolina, al apretar con toda su fuerza el freno para no chocar con un carro, dejó escapar la manivela, la cual girando rápidamente

te le dió en el costado derecho, y le tiró entre los brazos de los pasajeros, pálido como un muerto. Todos creyeron que había muerto; se escapó un grito de dolor entre los pasajeros, una señora se desmayó, unos niños se echaron á llorar. Acudieron el cobrador y un guardia, algunos de los pasajeros bajaron, y tomando por los hombros y piernas al herido, le llevaron como un cadáver hacia la farmacia más próxima. La transición brusca y espantosa de la expresión de la fuerza y de la alegría de aquel hombre, á la inmovilidad lacia, y lánguida de todos los miembros, que tenía toda la apariencia de la muerte, sobrecogió á todos los presentes con un sentimiento de terror, é hizo palidecer todos los rostros, como si todos comprendieran por primera vez la misérrima fragilidad de la vida; y luego una gran piedad acompañada de un murmullo doloroso, hasta que desapareció entre una multitud curiosa que rodeaba al conductor, curiosidad frenética de la desgracia, que demostraba el sentimiento que había producido lo ocurrido á aquel hombre. Uno solo de los pasajeros, un hombre alto, seco, pelo gris, con el rostro de color bilioso, con anteojos ahumados, alzó la voz entre aquel murmullo de piedad, esforzándose en vano en disimular la violenta sacudida que le había producido aquel espectáculo en los nervios. ¡Oh! pobre naturaleza humana cuando te caerá la máscara. Oyéndole parecía que la culpa fuera del cochero.

—¡Vaya un rato que nos ha hecho pasar! Dichosa gente que no hace más que distraerse y arriesgar la vida... ¡Un hombre medio muerto y luego el espanto que ha producido entre los pasajeros! ¡Esto

á mí me dá mucha pena! ¿Y cómo no? Pero que pongan atención, en nombre de Dios, aunque no sea más que para evitar al público esos espectáculos... Parece que lo buscan... Un día hay un choque, otro día es el freno el que se escapa... Siempre lo mismo... Esto no es vivir... ¡Hay que tener una paciencia!

Subió entonces el revisor y volvió al mismo tiempo el cobrador, quien tomando las riendas, anunció que el cochero había vuelto en sí. Todos respiraron, el tranvia marchó de nuevo, pero el señor de los anteojos ahumados parecía que estaba enfadado. Se comprendía por qué: aquel incidente hubiese despertado su piedad en vez de enfadarle, si hubiera ocurrido tres horas antes, pero era la hora del almuerzo, y el apetito por aquel día, se había perdido sin remedio.

—¡Ah, torpe animal!—le dijo de todo corazón.

Pero estas palabras despertaron dentro de mí un eco inesperado, como de una voz severa que me decía si había en el mundo un solo hombre tan perfecto, que durante el curso de su vida no se hubiese irritado alguna vez en lugar de apiadarse de las desventuras de sus semejantes, por parecidas miserias, ó por viles é indecorosas razones... Y aquella voz hizo que bajara yo mi frente.

\*  
\*  
\*

Así como de la superficie plácida y azul del mar emergen aquí y allá las cabezas deformes de peces, y los tentáculos horrendos de los pulpos, así también en la vida de la ciudad, que generalmente transcurre en paz, rompe de cuando en cuando y de improviso esa paz, la violencia de la barbarie, el delito, la muerte, para recordar que bajo ese orden y esa armonía aparentes de la civilización se encubre siempre la lucha eterna de las pasiones y las fuerzas enemigas. En las horas de la siesta, el tranvía va despacio bajo los rayos abrasadores del sol por una calle solitaria, arrastrado por dos caballos sudurosos, que parece que se acaban de amodorrar, bajo el ruido cadencioso y pesado del propio paso; una lavandera robusta sentada en el fondo del carruaje sobre un enorme lío de ropa, al lado de ella un jovencito de dudosa elegancia, ensortijado y con flores en el ojal, duerme con la cabeza apoyada sobre el pecho y el cigarrillo entre los labios; los demás callan; el cobrador soñoliento; únicamente dos viejecitos sentados enfrente de mí hablan, pero con voz monótona, comentando la última extracción de la lotería. De repente, en medio de aquella quietud se escapa un grito salvaje:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Te he visto! ¡Eres tú! ¡Dame mi dinero!

Y volviendo la cabeza rápidamente, vemos al joven que pálido y desencajado forcejea por desasirse de la lavandera, que con una mano le sujeta fuertemente mientras que con la otra le busca en los bolsillos el portamonedas que le ha quitado, gritando sin cesar:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Dame mi dinero!

El cochero pára el tranvía, el cobrador acude, los otros pasajeros se interponen, la mujer se queda quieta, pero sin soltar al joven, un pasajero le registra y el portamonedas aparece...

—¡Aaaaah! - exclama la mujer con una sonrisa feroz de triunfo. El ladrón con la cabeza descubierta y los cabellos erizados, blanco y trémulo, cesa toda resistencia, mira á su alrededor con ojos estúpidos, y con la mano libre que le queda, arregla su corbata que se le ha deshecho... hasta que llega un municipal que hace bajar del carruaje al joven y á la mujer, y el grupo se aleja por la parte opuesta del tranvía que emprende de nuevo la marcha, en tanto, que se arremolina la gente en los portales y en las bocacalles, para ver pasar al ladrón seguido de una nube de chiquillos. ¡Pensar que durante tantos años de vida no había yo visto atrapar un ladrón infraganti! Aquel espectáculo me revolvió la sangre, como si no le hubiese imaginado nunca en mi mente.

—*Baloss*—oí gritar á mi alrededor.—Ladrón, canalla.

Y durante un gran trecho resonaba en mi corazón aquella invectiva, pero cada vez más atenuada, pues que poco á poco la escena presenciada se iba transformando en mi pensamiento en otra; en la cual la mujer representaba la imagen de la Italia, y el joven ladrón la de un personaje cubierto de condecoraciones y preso pero en circunstancias diversas: en mi visión los vecinos volvían la cabeza hacia el otro lado para no causar vergüenza al bandido; los de lejos se inclinaban y los guardias le hacían el saludo con la espada.

\*  
\*\*

Todavía dura la mala influencia; todavía tengo que apuntar un triste encuentro en el tranvía de la línea Vinzaglio, en la calle de Roma: mi buen Giors que no mira ya los escaparates de las fondas, que no silba ya el aire de la *Carmen*, que no sonríe, que tiene otro rostro que no le ví nunca, y una voz que no reconozco. Después de una parada, hace otra lentamente, y con un acento triste y siempre igual, como si hablase así mismo, me dice que su mujer está enferma, que tiene una «enfermedad grave,» y que esto le tiene muy preocupado: Esta mañana le dije:

—Vamos Giors, esté usted tranquilo, todo saldrá bien.

Pero él no queda convencido, y dice que no, con la cabeza y con un movimiento continuo de sus labios. Añade que ayer el médico, puso mala cara,— ¡Una cara que no hubiese querido ver!

—¡Y cuando pienso—exclama volviéndose hacia mí,—cuando pienso, que no hay una mujer igual!...

No es la ocasión de alabarla, como comprenderá, pero es justo. Por las mañanas se levanta á las cuatro; durante todo el día trabaja, durante la noche está media, una, ú hora y media esperándome con la cesta en la mano. Y nunca un capricho, nunca una moneda de cobre mal empleada, nunca pensar únicamente en sí, sino en mí y en sus hijos!... ¿Y qué demonios haré yo si me falta?

Después de dar una vuelta al freno, añade:

—Verdaderamente, ¡qué voy á hacer si se muere!

De nada servía darle alientos; el pobre Giors seguía el curso de sus pensamientos sin hacer caso de mis palabras, exclamando de cuando en cuando, con acento de profunda piedad por sí mismo:

—¡Pobre Giors!

Lo que más le atormentaba era que debía estar junto al freno, en tanto que ella estaba allí, sin asistencia, partiéndole el alma la imagen de la casa en desorden y los chiquillos por la calle, y de que su marido no encontrara á punto la comida.

Y sin embargo:— «¿Qué he de hacerle? Es preciso comer antes de todo.» Y al cabo de un rato como si hubiese descubierto una gran verdad, repetía:

— Sí, es preciso comer.

Y luego empezó de nuevo el elogio de su mujer, recordando todos sus actos de bondad y sacrificios hechos por la familia. Refería que una vez, cuando se encontraba él sin empleo y sin recursos, y tenían ya un niño de dos años á quien se veían precisados á mandar al colegio, una noche volviendo á casa con un poco de leña que había ido á buscar á una parroquia vecina, vaciló y cayó entre sus brazos.

—¿Qué tienes?—la preguntó. Ella se echó á reir y dijo que había pasado por delante de la casa de una amiga suya, que tenía una taberna é invitada á comer y á beber, había bebido demasiado.

—No es verdad,—exclamé.—Echame el aliento.

—No; no quiero.

—Es que no has comido,—la dije.—Y entonces rompió á llorar. No había comido durante todo el día para poder satisfacer el hambre de los pobres chiquillos.

—¿Pero por qué no me lo decías?—exclamé.—La verdad es que no hay otra mujer como ella. ¡Ah, pobre Giors!

En aquel momento paró para que subiera al tranvía un caballero, y en seguida puso los caballos al paso. El caballero hizo parar de nuevo, y gritóle mirándole al rostro:

—¡No vé usted, cuerpo de... que va á subir mi mujer!

Luego mirándole fijamente añadió entre dientes:

—Por la mañana al menos no debiera usted beber.

Y Giors con una calma que conmovía más que cuanto me había dicho, replicó:

—Perdone usted, no la había visto. No sé donde tengo la cabeza.

Y cuando volvió á emprender la marcha dijo de nuevo á media voz moviendo la cabeza y mirando á lo lejos:

—¿Y qué hago yo si se muere?

\*  
\*  
\*

Después durante varios días encontré á cada uno de mis desconocidos como si nos hubiéramos dado cita. Una mañana en la línea del Puente Isabel, encontré al cobrador *marqués* que dedicaba toda su elegancia y atentos modales á una mujer, ya no joven pero de aspecto señorial, perfumada como un *sibetto*, la cual le seguía con las miradas de banco á banco como si se sintiera morir. Era una máscara, teñida como una actriz al salir á escena, una de esas mujeres, para las cuales empieza al llegar á los cuarenta años, una segunda juventud más loca que la primera, y que por ofuscación de los sentidos y de la fantasía, buscan las aventuras entre gente que esté por debajo de su propia clase, como ciertos borrachos aristocráticos que, llegados ya al final del vicio, se precipitan en la taberna. ¡Ah, incauta! Yo adiviné sobre el rostro de él, las huellas de aquella morena celosa, en presencia de la cual le había visto tímido como un colegial...

Vi pocos días después al «tranviófilo» ardiente defensor de la Belga... y, ¡ocupado en qué trabajo! No habría podido pensar nunca que la pasión por el tranvía pudiese llegar á tan alto grado de entusiasmo, hasta llegar á hacer bajar á un *diletante*, para ayudar al cochero á poner de nuevo en la vía una jardinera que había descarrilado. ¡Y con qué entusiasmo lo hacía! Con un hombro apoyado contra el tranvía, afianzando fuertemente los pies en el suelo, é hinchado el cuello, parecía un prodigio del infierno dantesco, rojo el rostro, y soberbio de fatiga como si defendiera una «santa causa.»

Volví á ver al poeta que vino á sentarse á mi lado en el último banco, con una sonrisa plácida;

pero esta vez me salvó un obrero, sentado en frente de nosotros, con una pipa, la cual enviaba al rostro del poeta nubes de humo tan pestífero, que después de haberme tosido en el oído unos versos durante algunos minutos, tuvo que desistir de su empresa, y horrorizado echarse hacia atrás para poder dar aire á sus pulmones. ¡Oh, maldecida Compañía itálica! Yo te bendigo por lo menos una vez.

Encontré también en la línea de Lanzo, después de cinco meses, á aquel erotomado sereno, del vestido y de los ojos azulísimos que parecía un pastor evangélico, de pie en la plataforma ocupada casi toda por alumnas de un colegio, jóvenes de catorce á dieciocho años, con vestidos color lila, y una pequeñita mantilla de seda negra, las cuales conversaban familiarmente de banco á banco, volviendo el busto esbelto como movido por mano invisible, y presentando á sus ojos el perfil gracioso de sus rostros infantiles y de su pecho virginal. Aquello era para él, indudablemente, la jardinera ideal. Su mirada clara de erótico intelectual, recorría ágilmente todos los cuellos de las adolescentes, y se hundía en aquellas matas de pelo frescas que parecían anunciadoras de la primavera rosada. ¡Cómo gozaba por solo diez céntimos! Se comprendía que no hubiese bajado ni por cien liras. Pero en la calle de Milán le distrajo de aquel, otro espectáculo más agradable todavía. En tanto que el tranvía marchaba á toda velocidad, una hermosa morena, de unos treinta años, sin sombrero, con un cesto de flores en la mano, saltó sobre el estribo, y viendo un puesto vacío en uno de los bancos, se lanzó á él y cayó de pie con una mano aferrada al montante y

la cesta en el aire: parecía una artista de circo ecuestre en el momento de recoger los aplausos del público. Era la famosa florista de Porta Palazzo, conocida de todos los empleados del tranvía por su destreza en subir á los carruajes. Una vez que estuvo sentada, admirada por todas las muchachas, pareció que el erótico se recogiera en sí mismo, y expresara con su mirada que iban hacia dentro todos sus pensamientos, sumido en una meditación profunda y tranquila, de la cual se advertía la satisfacción que experimentaba por la dulzura de los ojos entornados y de sus labios sonrientes.

\*  
\* \*

Ví también al caballero aquel de la *Gazzetta di Popolo*, no en la acostumbrada calle de Garibaldi, sino en la línea de las afueras, más grueso y robusto que nunca. Debía *disfrutar* breve licencia veraniega y hacía aquel trayecto por puro recreo, por que no le había visto nunca, con un rostro tan plácido, ni con unos ojos tan alegres. Observaba con

su mirada en los paseos y plazas largas filas de árboles, los operarios ocupados en plantar acacias y á pesar de su seriedad habitual, se advertía la altivez de un viejo turinés enamorado de su ciudad con aquellas líneas rectas, y sintiendo la admiración por la simetría, la complacencia por los buenos servicios municipales, la satisfacción al ver que todos los transeuntes que iban al Po, llevaban la derecha, y todos los que venían por el lado opuesto la acera izquierda, como debía ocurrir en una ciudad civilizada como es Turín. Pero en las cercanías del «Teatro Turinés» perturbóse su serenidad. El cobrador exclamó:

— Hé aquí las de la huelga.

Y vimos venir hacia nosotros por el puente de la Benne, un largo cortejo de mujeres de todas edades, que llenaban toda la calle, levantando polvo como un rebaño, y haciendo llegar hasta nosotros como el murmullo sordo de un río que ha roto sus diques. Eran las obreras de no sé que fábrica del Parque, que holgaban hacía dos días, y que iban á la Prefectura. El caballero se volvió bruscamente para mirarlas, y en su rostro, se advirtió un cambio instantáneo, maravilloso, como si alguien le hubiese arrancado de pronto las vísceras. No era posible comprender de mejor manera lo que pasaba en su alma, aunque hubiera hecho un discurso. Entendía que el hecho sólo de haber una huelga, dejando á parte si tenían ó no razón las huelguistas, ofendía violentamente todos sus instintos y pensamientos, y le producía el efecto de un abuso enorme, de una violación temeraria de todas las leyes, de una perturbación criminal del orden social y natural,

como si hubiese visto las casas y los árboles del paseo, romper filas y bailar la tarantela. El tranvía dejó paso al cortejo, pero él continuó mirándole volviendo atrás la cabeza, á pesar de ser aquella una posición incómoda, con la frente tan arrugada, con los ojos dilatados y torvos, con una expresión tal, que daba lástima. De tal manera le veía, que no podía soportar el espectáculo de aquella «anomalía,» en aquel paseo tan recto, entre aquellas casas tan iguales, en aquel su Turín tan bien arreglado y con tan hermosos paseos, que sufrí quizá tanto, como él sufría. ¡Pobre cacallero Bicchierino! Se veía que no era por cuestión de mal corazón; su rostro decía que era capaz de comprender y sentir las miserias humanas, dar la razón á los débiles cuando pedían lo que era justo y razonable. Pero era que la piedad, el sentimiento de la justicia y tantas otras bellas cosas, se entraron en su imaginación fácilmente con aquellas cuatro ideas plantadas en los cuatro ángulos de su mente, como los cuatro soldados al rededor del monumento de Carlos Alberto, es decir que las huelguistas debían holgar sin cesar en su trabajo, é ir á la prefectura una á una de puntillas por distintas calles, con una hermosa hoja manuscrita en la mano, en la que estuviesen expuestas y explicadas las causas de su huelga. Era un buen hombre aquel, pero tenía la manía de sus preocupaciones.

Lo noté en aquel mismo trayecto á una vuelta de la calle Vanchiglia, viendo como una familia daba el último adiós en la estación del tranvía, á una

persona querida suya que iba hacia la estación de Puerta Nueva. Era una muchacha la que marchaba, su anciano padre y una hermana suya la dieron un abrazo, la madre de la muchacha la estrechaba contra su pecho llorando amargamente; el cobrador y el cochero no se atrevían á protestar del retardo; todos los mirábamos conmovidos, pero el primero en tomar el paquete que llevaba la muchacha, fué el caballero *Bicchierino*, con un ademán tan respetuoso y tan compasivo, que juré no darle jamás un disgusto.

\*  
\* \*

Lástima que no ertuviese él... pero no, porque aunque conmovido hubiese visto en aquella escena un ejemplo de confusión que podría ofender en su alma el sentimiento del orden social. Pero para mí fué la escena más agradable que he presenciado en la *Carrozza di tutti*. La jardinera se paró en el ángulo de la calle María Cristina, esquina á la de Baretti, donde esperaba á un anciano con la cha-

queta sobre el hombro, sostenido por el brazo de un joven que le ayudó á subir, haciéndole algunas recomendaciones y se despidió de él diciéndole:

—¡Arribal!

Aquél se sentó á la izquierda de una hermosa señorita rubia, una adolescente precoz con el rostro de niña, á la cual los cabellos de oro, la carne rosada y el vestido blanco, daban un esplendor difuso, y cada vez que sonreía á la doncella sentada á su derecha, parecía un astro que brillaba entre dos luces, revelando en su rostro los pensamientos del todo infantiles. El obrero se comprendía que estaba bajo el peso de una enfermedad repentina y constreñido á dejar el trabajo. Tenía todavía el sombrero de lado, bajo el cual asomaban algunos cabellos grises en desorden, como si se lo hubieran puesto de cualquier manera al levantarle del suelo; estaba como dormido, con el rostro mortecino y la barba sobre el pecho, y sus ojos expresaban aquel sentimiento de tristeza miedosa, que queda después de un mal repentino, en aquella edad próxima pariente de la muerte. Delante y detrás de él había señoras y niños elegantes, en los otros bancos la misma gente de costumbre, por una y otra parte un movimiento continuo de abanicos y sombreros. En un momento dado, en tanto que el carruaje desembo- caba en el paseo Victoria, se oyó un grito. Era la señorita rubia, sobre la cual el trabajador, presa de una congoja, había dejado caer la cabeza sobre su hombro. Su primer impulso fué apartarse, pero se repuso en el acto para cojer al viejo, y no pudiéndolo sujetar con una mano, le atrajo hacia sí, haciendo un supremo esfuerzo con toda su personi-

lla, para colocarle en posición cómoda, apoyando cariñosamente contra su hombro la cabeza muerta que volvió á caer pesadamente perdiendo el sombrero. Todo esto ocurrió en un momento. ¡Valiente muchachal! En pocos segundos se sucedieron en su hermoso rostro, al terror la resolución, al horror la piedad. Estaba hermosa y angelicalmente bella, pálida por la emoción, pero firme y casi altiva, con aquella frente espléndida inclinada hacia aquella pobre cabeza de pobre obrero sin vida, que se apoyaba sobre ella como sobre una hija. El tranvía se paró acercándose algunas personas para hacerse cargo del enfermo, pero un frascito de esencia que había pasado de mano en mano, le hizo recobrar el sentido, abrió los ojos y alzó de nuevo la frente. La señorita recogió el sombrero abollado y lo puso sobre la cabeza del anciano, arreglando con su pequeña mano los cabellos grises desordenados, y colocó la chaqueta en su espalda, ayudándole á bajar. En tanto el anciano se alejaba acompañado de dos guardias, y cuando el tranvía volvió á emprender la marcha, conmovida toda su alma y oprimida por conmociones diversas, sonrió primero á los pasajeros que la miraban, y luego rompió á llorar.

\*  
\*\*

¡Oh bendita *Carrozza di tutti!* ¡Y todavía hay quien te quisiera ver dasaparecer! Fué una verdadera dicha la que hizo entrar en el tranvía á un médico que subió en la calle Lagrange, en uno de los coches donde me había refugiado yo, para resguardarme de la lluvia que caía.

Era aquel un buen señor muy barrigudo, con el cabello rojo y anteojos verdes. Tronaba contra el tranvía, hablando con un amigo sentado enfrente; pero los demás le escuchaban riendo, y celebrando sus ocurrencias. Tenía muy cerca un joven de unos dieciocho años, fuerte como un roble, que no era capaz de ir desde la plaza de Saboya á la de Venecia, sin hacerse arrastrar por un buen par de caballos. Decía el viejo que es un verdadero escándalo lo que sucede con eso de los tranvías. Todos los que tienen un par de sueldos, no andan. Se conoce que la raza iba siendo cada vez más débil, puesto que tenían necesidad del tranvía para hacer un trayecto de medio kilómetro. Afirmaba que los tranvías son institución funesta para el porvenir. Se han suprimido el paseo estimulante de antes del almuerzo, el paseo digestivo después de la cena, los paseos habituales desde casa á la oficina. ¿No véis cuánta obesidad se advierte por Turín, desde diez años á esta parte? No hay que reírse de ello. Os digo que crecen los tejidos adiposos de un modo espantoso. Hay hombres de treinta años que parecen pavos, y hombros de cuarenta que parecen botas, y los que vivan dentro de cincuenta años, verán pasear por Turín tranvías que parecerán llenos de gallinas faraonas, y de cerdos cebados expresamente para Navidad. Todos rieron la ocurrencia, y aun-

que yo también reía, me inquietó sin embargo un poco, el temor de cargar con la responsabilidad de una mínima parte de culpa, á causa de este libro, de la futura gordura de Italia.

Y quedé pensativo ante aquella visión cómica de un pueblo de lunas llenas y barrigas infladas. Pero, pensé, por lo que hace al pueblo italiano... ya hace tiempo.



---

## CAPÍTULO IX

*Septiembre*

Septiembre lleva al tranvía un soplo de vida nueva. Empecé á ver figuras ya conocidas, de empleados que no había visto durante mucho tiempo, lustrosos y rejuvenecidos por algunos meses de licencia; caballeros curtidos por los vientos del mar; rostros vivaces, en quienes reluce la alegría de un viaje circular ó de la vendimia, en los cuales se reconoce á primera vista la satisfacción de volver á su Turín, saludándole con una sonrisa que revela su gusto por la vida ciudadana, y la faz exótica de viajeros, que á cada momento vuelven